

cundario y universitario y alto funcionario oficial, y que todo lo había abandonado alguna vez sin importarle el camino andado ni el futuro, acaso porque confiaba ciegamente en ese futuro.

---

síntesis no se hace aniquilando a una de las tesis contrapuestas, sino integrándola en la síntesis superior. Y para eso hay que comprenderla y hasta hay que admitirla con pasión. O hacemos hoy síntesis o no tendremos Nación. Eso para mí es claro y trágico.

Debemos entender que aquí ha habido una revolución y que esa revolución es, como todas, irreversible.

Hay gente que sueña, aquí, con restauraciones; cuando cayó Perón, muchos soñaban con la vuelta al buen tiempo viejo; si eso no fuera mezquino y criminal, por lo menos sería candoroso; porque la historia, como dijo James, es constantemente novedosa, constantemente creadora, y es absurdo soñar con la reversibilidad de nada. No volveremos, pues, atrás simplemente porque es imposible hacerlo. Las masas obreras han conquistado ya su derecho a la vida política y espiritual en la Nación y es menester que en este somero examen de los puntos de partida, del denominador común, terminemos por reconocer ese hecho irreversible y además positivo de la vida nacional.

En tercer lugar, habrá que reconocer que las banderas realmente nacionales habían sido abandonadas por nuestra élite y en cambio habían sido empuñadas por las masas, por esas masas que tan a menudo han sido calificadas de chusma iletrada; hasta, lo que es cruelmente paradójico, por los líderes de la llamada izquierda. De estos líderes partieron precisamente palabras como "descamisado" y "alpargata", haciendo del alfabetismo la clave para la verdad histórica de un movimiento. La verdad es que no sé si sirve para mucho el alfabetismo. Quizá como director de relaciones culturales del país no debería decir eso... Pero creo que fue más importante que el alfabetismo la intuición profunda que indudablemente tuvieron esas multitudes al tomar las banderas de la soberanía política y económica, y su comprensión de que en un país subdesarrollado, como la Argentina, no era posible la soberanía política sin el desarrollo económico.

Se objeta la corrupción, y yo mismo la he objetado. Claro que la hubo, y hasta una corrupción incalificable. Pero también es cierto que el país se desarrolló industrialmente, que se echaron las bases para la liberación nacional y que, además, se levantó, como dije, la bandera de la soberanía.

Grandes masas de estudiantes e intelectuales, en cambio, olvidamos que se había puesto en juego algo tan trascendental como la justicia social y salimos a la calle para enfrentarnos con los desheredados. Por supuesto que lo hacíamos con fervor y con buenas intenciones. Siempre que los estudiantes de estos países salen a la calle lo hacen movidos por el fervor y los grandes principios. Pero puede ocurrir, y ocurre, que hombres que no tienen ni su edad, ni su fervor, ni su pasión por los principios, estén detrás de esos movimientos tumultuosos. Eso es exactamente lo que pasó en el año 30, cuando los estudiantes salimos a la calle para echar abajo a Yrigoyen, inaugurándose así una era nefasta para la Nación. De modo que no creamos que por el solo hecho de estar en la calle los estudiantes la razón histórica está de este lado. Los estudiantes del 30, por ejemplo, estábamos equivocados en muchísimas cosas: no comprendimos que Yrigoyen era un caudillo popular, no creíamos más en la palabra "patria" (por lo menos una buena mayoría), éramos internacionalistas (sin comprender que el internacionalismo no implica contradicción con el nacionalismo, sino que, en cierto modo, está precisamente condicionado por él, del mismo modo y por causas tan profundas por las que un escritor como Dostoievski es radicalmente nacional y por eso mismo un genio universal).

Y en el 45 nos volvimos a equivocar, nosotros, precisamente el sector más ilustrado del país. Dijimos "cabecitas negras", hablamos de "chusma" y "alpargatas". Olvidándonos que esos cabecitas negras habían constituido el noventa por ciento de los ejércitos patriotas que habían llevado a cabo la liberación de América; esos cabecitas negras que a quinientas leguas de Buenos Aires luchaban contra soldados que habían combatido contra Napoleón, mandados por un generalito improvisado y enfermo, solo, mantenido en aquellas soledades, en medio de tanto sufrimiento físico y espiritual, por sus ideales de soberanía y de libertad. ¡Qué fácil es despreciarlos ahora desde nuestras aulas! Pero todavía no hay un auténtico monumento para aquellos soldados anónimos de la libertad americana, para aquellos descamisados de nuestro ejército republicano, mientras hay tantos monumentos y tantas calles para generales que no tienen el mérito de aquellos héroes anónimos.

Sí, los estudiantes, los doctores, hemos estado trágicamente separados de nuestro pueblo. Tan paradójicamente separados hasta el punto de que Sarmiento escribiese ese

Ese cúmulo de ideas, prejuicios, temor al desencanto y timidez cargaba sobre mí cuando subía al tren que iba a llevarme a su casa de la calle Bonifacini (hoy Langieri), en Santos Lugares, localidad de la provincia de Buenos Aires, ubicada a escasos kilómetros de la capital.

Recuerdo que me recibió en el jardín con una lata de veneno para las hormigas con las que —según dijo— sostenía una guerra interminable y casi amistosa.

—Es claro que el intruso soy yo, ellas estaban desde antes que yo viniera a vivir aquí—explicó con una sonrisa.

De aquella mañana puedo evocar la luz que entraba por el ventanal, un café que sirvió Matilde, un perro chaw-chaw llamado «Nanuk» y varias frases sueltas que en los meses siguientes repetí convencido, citando orgulloso la fuente. Sé que elogió a Jean Paul Sartre, a Albert Camus, a Victoria Ocampo y a Enrique Santos Discépolo, uno de los mayores letristas del tango, a quien definió como un existencialista *avant la lettre*.

«¡Qué gran ensayo debería escribirse sobre este genio de la calle! Ya querrían muchos poetas premiados algunos de sus versos, escritos a lo mejor sobre la mesita de mármol de ese cafetín de Buenos Aires donde Discepolín aprendió filosofía y la poesía trágica de la existencia», dijo, citado a la distancia.

Ya entonces (1959) era yo un fanático del tango, de sus letras, de su música y de su problemática. Siempre he creído que la esencia del porteño se explica más a través de una selección de esos temas que mediante sesudos estudios sociológicos. Y, junto con mis fervores poéticos y literarios, empezaba a reunir materiales: notas, recortes, entrevistas y, por supuesto, discos, con vistas a realizar alguna vez un trabajo sobre el tango, proyecto que habría de concretarse más tarde en algún libro y en un montón de ensayos y artículos des-

---

documentó tan falso como el "Facundo". Maravillosa novela, sin duda, obra del novelista quizás más grande y genial que hemos tenido, pero histórica y sociológicamente apócrifo y falso de toda falsedad. ¡Qué trágico destino y qué paradójal y americano que Sarmiento escribiera semejante diatriba contra el Facundo Quiroga que llevaba en lo más hondo de su corazón! Un hombre que era tan bárbaro y tan gaicho, tan Facundo Quiroga, que cuando gobernó el país hizo apuñalear en su catre, a traición, al gran Peñaloza, aquel conmovedor caudillo, amado por sus hombres, que tampoco tiene ni monumento ni calle en esta ciudad donde cualquier insignificante generalito porteño tiene calles de kilómetros de largo. Tremendo y paradójal Sarmiento, que se empeñaba en vestirse de frac para tapar al bárbaro americano que llevaba dentro y que más que nadie ha impedido que el general Facundo Quiroga, hasta hoy, tenga tampoco su calle ni su monumento en esta ciudad que debería ser la capital de todos los argentinos. Ese Sarmiento que planteó el dilema, falso, de civilización o barbarie, cuando bien se sabe que un pueblo auténtico es civilización y barbarie, por la misma causa profunda que un hombre no es únicamente el hombre de la clara y limpia conciencia de la vigilia, sino la extraña criatura de los sueños nocturnos.»

Recogido, según versión taquigráfica, en *Tres revoluciones. (Los últimos veintiocho años)*, Buenos Aires, 1959.